

cierto lo que ves que muchos no tuvieron y si lo tuvieron lo perdieron.

¿A quién vas a dejar tantas riquezas? A Cristo, que no puede morir. ¿A quién tendrás por heredero? Al mismo que por Señor. Se contristarán tu padre, pero se alegrará Cristo; llorará la familia, pero se congratularán los ángeles. Haga el padre lo que quiera de sus bienes; **NO ERES DE AQUEL PARA QUIEN NACISTE, SINO PARA QUIEN RENACISTE**, el que te rescató a gran precio con su sangre.

Cuídate de nodrizas y ayas, y de ese género de venenosos animales que de tu cuero quieren hartar su vientre. No te aconsejan lo que te conviene, sino lo que a ellas... Donde hay santidad de honestidad, allí frugalidad; donde hay frugalidad, allí quejas de la servidumbre. Lo que no se lleven, piensan se les quita...

Dire y repetiré: mira a tu santa madre. Cada vez que la recuerdo viéneme a la mente su ardor por Cristo, su palidez en los ayunos, sus limosnas a los pobres, sus atenciones con los siervos de Dios, su humildad de vestido y de corazón y en todo su hablar moderado.

Tu padre, al que nombro con honor —no por ser consular o patrio, sino por ser cristiano—, cumpla su nombre. Alégrese de haber engendrado una hija a Cristo, no al mundo; y más bien se duela de que hayas perdido la virginidad sin haber conseguido el fruto del matrimonio. ¿Donde está el marido que te dio?... Aprovecha la ocasión, y HAZ DE LA NECESIDAD VIRTUD. NO SE BUSCAN EN LOS CRISTIANOS LOS PRINCIPIOS, SINO LOS FINES. Pablo mal empezó, pero terminó bien.

Aquella meretriz del Evangelio, bautizada con sus lágrimas y cabellos, con lo que antes a muchos sedujera, al lavar los pies del Señor fue salvada. No tuvo picudos sombreros, ni llamativos zapatitos, ni ojos pintados con antimonio. Cuanto más afeada, tanto más hermosa. ¿Qué hacen en el rostro de la cristiana el carmín y la cerusa, al desfigurar aquél el rojo de mejillas y labios y éste la blancura de garganta y del pescuezo? fuego de jóvenes, fomentos de pasiones, indicios de alma impúdica.

¿Cómo puede llorar por sus pecados la que quita las lágrimas del cutis y hace surcos en la cara? Tal ornato no es del Señor, velo es del Anticristo. ¿Con qué confianza volverá al cielo el rostro que el Creador no conoce?... La lengua pregonadora castidad, mas el cuerpo todo demuestra la deshonestidad.

Esto es lo concerniente al hábito y al ornato. Por lo más, “la viuda que vive en delicias, viva, está muerta” No es esto mío, sino del

Apóstol... Hay quienes pecan tan libre y abiertamente que a simple vista los tienes por pecadores. Otros, en cambio, arteramente recatan sus vicios, y sólo por la convivencia los conocemos. E igualmente los bienes en algunos están de manifiesto, en otros los vemos con el largo rato... El apóstol macera su cuerpo, sometiéndolo al imperio del alma..., ¿y puede estar segura de su castidad la jovencilla cuyo cuerpo arde en comida?

Mas, al decir esto, no condeno los alimentos, por Dios creados para usar de ellos con hacimiento de gracias, sino que quito a jóvenes y niñas incentivos de sensualidad. Ni los fuegos del Etna, ni el suelo de Vulcania, ni el Vesubio, ni el Olimpo arden en fuegos tan grandes como las médulas juveniles llenas de vino e inflamadas con manjares.

Hay quienes pisotean la avaricia... A la lengua maldiciente enmiéndola el impuesto silencio. El arreglo del cuerpo y el atuendo de vestir, en el espacio de una hora se cambia. Todos los demás pecados fuera están; y lo que fuera está fácilmente se lanza. Sólo el instinto de los sentidos por Dios infundido para la procreación de hijos, extraviado de sus límites, redundo en vicio... Por tanto, de gran virtud es y de solícita diligencia sobreponerse a la naturaleza; NO VIVIR CARNALMENTE EN LA CARNE; luchar diariamente contigo y, como cuenta la fábula, observar el emboscado enemigo con los cien ojos de Argos.

Lo primero, pues, si el estómago lo sufre, mientras pasas los años juveniles; toma como bebida agua, la que por naturaleza es frigidísima... Todo cuanto es semillero de sensualidad, repútalo veneno... y más vale comer un poco a diario que de vez en cuando comer hasta saciarse. La mejor lluvia es la que suavemente cae en la tierra. El repentino aguacero devasta con su precipitación los campos.

Cuando comas, piensa que pronto has de orar, y que en seguida has de leer. Ten un número fijo de versos en las Santas Escrituras; devuelve a tu Señor este tributo. Y no concedas descanso a tus miembros sin haber llenado la cestilla de tu pecho de estas viandas.

Tras de las Sagradas Escrituras, lee tratados de doctos varones, pero únicamente de aquellos cuya fe está reconocida. NO NECITAS BUSCAR ORO EN EL LODO. Al precio de varias perlas, cómprate una sola perla. El amor a las joyas y piedras preciosas y a las galas de seda traspásalo a la ciencia de las Escrituras. Entra en la tierra de Promisión, que mana leche y miel...

Hazte amigos con las riquezas de iniquidad, quienes te reciban en

las eternas mansiones. Entrega a ellos tus riquezas... Da a todo el que te pidiere, especialmente a los hermanos en la fe; viste al desnudo, da de comer al hambriento, visita al enfermo. CADA VEZ QUE EXTIENDAS TU MANO, PIENSA EN CRISTO. Cuida no sea que mendigando tu Señor Dios estés tu amontonando riquezas para otro.

Huye del trato con jóvenes. A esos elegantes y lascivos no los vea tu techo. Arroja al cantor como nocivo. A flautistas y bailarinas y demás coros del diablo ahuyéntalas de tu casa como a mortíferos cantares de sirenas...

Apetece la compañía de santas vírgenes y viudas; y, si hubiere necesidad de hablar con varones, no evites a los testigos; y conversa con tal seguridad que no hayas porqué temer ni avergonzarte al entrar otro. LA CARA ES EL ESPEJO DEL ALMA, Y LOS OJOS CALLADOS REVELAN LOS SECRETOS DEL CORAZÓN... LA HERIDA DE OTRO SEA ESCARMIENTO PROPIO... Imita, pues, a tu consanguínea (Eustoquia). Tenga Roma lo que tiene Belén, con ser más pequeña que la urbe romana...

Lo que preparabas para superfluidades, tómelo la virtud. NINGUNA QUE DESECHA BODAS TEMA LA MISERIA. Redime a vírgenes, induciéndolas al tálamo del Rey (Cristo). Acoge a viudas, las que mezclarás como violetas entre los lirios de las vírgenes y las rosas de los mártires. Con todo ello forma un ramillete, cual corona de espinas en que Cristo llevó los pecados del mundo.

—Alégrese y sea ayudado tu nobilísimo padre; aprenda de la hija lo que aprendió de la esposa. Ya encaneció su cabeza, tiemblan sus piernas, cáense los dientes, y arada la frente de arrugas, la muerte está llamando a las puertas; la hoguera se ve de cerca. QUERAMOS O NO, ENVEJECAMOS. Prepárese el viático que para un largo viaje es necesario. LLEVE CONSIGO LO QUE AÚN SIN QUERERLO HA DE DEJAR; y mejor, lleve de antemano al cielo lo que, si a esto se negare, ha de consumir la tierra.

Suelen decir jóvenes viudas, algunas de las cuales se han ido tras de Satanás...: Mi pequeño patrimonio cada día disminuye; la herencia de los mayores se disipa; el siervo habla con insolencia; la criada recusa obedecer. ¿Quién saldrá a la calle? ¿Quién responderá de los tributos de los campos? ¿Quién instruirá a mis pequeños y quien educará a mis niñas? Y, ¡oh disparate! Alegan esto como causa para casarse, la única que pudiera disuadir las nupcias.

La madre pone sobre sus hijos no ya un nutricio, sino un enemigo;

no un padre, sino un tirano. Inflamada por la pasión, olvídate de su seno; y entre sus pequeñuelos, ignorantes de sus miserias, la que antes lloraba, ahora como nueva casada se compone. ¿Por qué pones por pretexto el patrimonio? ¿Por qué la soberbia de la servidumbre? confiesa tu torpeza... Si tienes hijos, ¿por qué buscas bodas? Si no los tienes, ¿por qué no temes la esterilidad experimentada y prefieres una cosa incierta al pudor cierto?...

Si te sucediere tener hijos del segundo marido, surge la guerra casera, la lucha intestina. No te será lícito amar a los hijos que engendraste ni mirarlos con buenos ojos. A hurtadillas les darás comida; envidiará al muerto, y, si no odias a tus hijos, parecerá que amas todavía al padre de ellos.

Y, si teniendo sucesión de la mujer primera, te introduces en su casa, aún cuando seas muy bondadosa, todos los cómicos y mimógrafos y retóricos comunes de lugar declamarán de ti como de durísima madrastra. Si el andado enfermarse o le doliere la cabeza, será infamada como bruja; si no los dieres de comer, serás tildada de cruel; si les dieres, de encantadora. Ruégote, ¿qué tienen de tan grande las nuevas segundas nupcias que pueda compensar estos males?...

¿Para qué voy a repetir y sacar de los libros las virtudes de mujeres, pudiendo proponerte ante los ojos a muchas en la ciudad donde vives cuyo ejemplo debes imitar? Y para que no se me tilde de adulator si las enumero una por una, bástate recordar la santa Marcela, quien al responder a su yerno nos reprodujo algo del Evangelio. Ana había vivido siete años con su marido después de casada, ésta siete meses...

Y ya una sola cosa, para no exceder los límites de una carta: **PIENSA A DIARIO QUE HAS DE MORIR, Y NUNCA PENSARAS EN SEGUNDAS NUPCIAS.**

A Leta, piadosa matrona romana

Trata de cómo ha de educar a su hija, consagrada a Dios desde el vientre para vivir en estado virginal.

Belén, año 403.

El Apóstol Pablo, escribiendo a los corintios e instruyendo en la doctrina sagrada a la incipiente Iglesia de Cristo, entre otros mandatos, propuso también éste, diciendo: "Si una mujer tiene marido gentil y éste consiente en habitar con ella, no deje a su varón; porque santificado está el varón infiel por la mujer fiel.... De otro modo vuestros hijos serían impuros, como ahora son puros"...

Tú has nacido de matrimonio desigual. De ti y de mi Toxocio²¹ ha sido engendrada Paula: ¿Quién hubiera de creer que naciera al Pontífice Albino (pagano) una nieta por la promesa de un mártir; que, presente y gozoso su abuelo, la lengua de la niña, aun balbuciente, cantase el aléluya de Cristo, y que el viejo había de criar a una virgen en su regazo? Y bien y felizmente lo habíamos esperado. La casa santa y fiel santifica el varón infiel. Ya es candidato de la fe al verse rodeado de multitud de hijos y de nietos. Creo yo que el mismo Júpiter, de haber tenido tal parentela, hubiera podido creer en Cristo.

Aunque desprecie y se ría de mi carta y me proclame necio o loco, esto mismo hacía su yerno antes de ser creyente. LOS CRISTIANOS SE HACEN, NO NACEN. Descolorido está el dorado Capitolio; de polvo y de telarañas están cubiertos todos los templos de Roma, conmuévase la urbe en sus cimientos, y un pueblo, con en aluvión ante los ídolos semideshechos, corre a los sepulcros de los mártires. Si no arranca la prudencia la fe, la arranca siquiera la vergüenza.

Hase dicho esto, religiosísima hija en Cristo, para que no desesperes de la salvación de tu padre, y con la misma fe con la que mereciste a tu hija recibirás también a tu padre, y goces de la dicha de toda la casa. NUNCA ES TARDÍA LA CONVERSIÓN.

Pocos años ha que vuestro familiar Graco, cuyo nombre suena a nobleza patricia, cuando regía la prefectura urbana, ¿no derribó, quebró, desparramó la cueva de Mitra y todos los monstruosos simulacros..., y llevando por delante esos como méritos impetró el bautismo de Cristo? En la misma urbe se siente solitaria la gentileza. Los viejos

dioses de las naciones se han quedado con los búhos y lechuzas en las solitarias techumbres. Las banderas militares son las insignias de la Cruz. La imagen pintada del patíbulo de salvación decora las púrpuras de los reyes y las centelleantes piedras de las diademas. El egipcio Serapis se ha hecho cristiano; Marnas de Gaza llora encarcelado, y está temiendo de continuo el derribo de su templo; a diario recibimos multitud de monjes de India, Persia y Etiopía. Ha tirado sus alhajas el armenio; los hunos aprenden el salterio, la fría Escitia hierve en los calores de la fe. Las tiendas del rubio ejército de los getas (germanos) rodea a las iglesias, y tal vez por eso luchan contra nosotros con un ejército igual al nuestro, porque abrigan las mismas esperanzas religiosas.

—He caído casi totalmente en otro asunto, y “al correr de rueda”, pensado hacer un puchero hizo una ánfora la mano (Horacio). Era mi propósito, al recibir la invitación por los ruegos de la santa Marcela y tuyos, hablar a la madre, o sea, a ti, enseñándote cómo habías de educar a nuestra Paula, la que fue consagrada antes que engendrada...

Pues la que por una promesa nació, tenga de sus padres una formación digna de su nacimiento. Samuel es criado en el templo, Juan en la soledad se prepara... Así ha de ser el alma instruida, de modo que sea luego templo de Dios. Nada aprenda a oír ni hablar sino lo pertinente al temor de Dios. No entienda de palabras torpes, ignore los mundanos cantares. La lengua aún tierna imbúyase en dulces salmos. Aléjense de ella los niños lascivos y que sus mismas meniñas y pedísecuas sean apartadas del consorcio del siglo, no suceda que lo mal aprendido lo enseñen todavía peor.

Hágansele letras o de boj o de marfil, y llámeselas con sus nombres, y la memoria de tales nombres conviértase en cantilena, para que su mismo jugar le resulte instructivo. Y altérese con frecuencia ese mismo orden, mezclando la última con las de medio, las de medio con las primeras, para que las conozca no sólo por el son, sino también por la vista.

Más cuando empiece con temblorosa mano a dirigir el punzón por la cera, o la mano sobrepuesta de otro dirija los tiernos deditos, o en la tablilla se esculpan las muestras, para que ella vaya llevando su trazo por entre las márgenes de los surcos y no puedan salirse fuera.

Junte las sílabas a estímulos del premio, invitándosela con aquellos regalillos que agradan a esa edad. Tenga también compañeras de estudio, a las que emule, y cuyas alabanzas la acucien.

No se la ha de reñir si es un poco tarda, sino con alabanzas se ha de excitar el ingenio, para que goce de haber vencido y sienta el haber sido vencida.

Lo primero ha de cuidar no odie el estudio, no sea que el desabrimiento por él sentido de la infancia dure más allá de los años primerizos. Los nombres mismos, por lo que paulatinamente comenzó a trabar las palabras, ni sean traídos como quiera, sino con tino e intencionadamente agrupados, como los de profetas y apóstoles y toda la serie de patriarcas desde Adán... para que vaya preparándose a su futura memoria mientras hace otra cosa.

Ha de elegirse un preceptor de probada edad y vida; y no pienso se desdeñe un varón docto de hacer con su pariente, o en una noble virgen lo que Aristóteles hizo con el hijo de Filipo, al enseñarle los rudimentos de las letras, no fiándose de maestros interesados. No ha de menospreciarse como pequeño aquello sin lo cual lo grande no puede sustentarse. Este mismo sonsonete de los rudimentos y primera enseñanza de los preceptos de un modo los expresa u entendido y de otro modo labios rústicos.

Por lo cual has de mirar que, por las ineptas caricias de mujeres, no se acostumbre tu hija a proferir los vocablos a medias, y a juzgar en el oro y en la púrpura, pues lo uno daña a la lengua, lo otro a las costumbres; no sea que aprenda de tierna lo que después habrá de desaprender. Escríbese que mucho influyó el habla de la madre desde la infancia en la elocuencia de los Gracos. El biendecir de Hortensio en el regazo paterno se plasmó. Dificilmente se rae lo que espíritus rudos propinaron.

A la lana una vez teñida, ¿quién la devolverá su primer color? El vaso largo tiempo conserva el sabor y el olor de lo que primero contuvo... Cuenta la historia griega que el poderosísimo rey Alejandro, domador del mundo, no pudo desprenderse de los defectos de su pedagogo Leónidas, ni en su obrar, ni en su andar, inficionado por ello desde pequeño. Existe el vértigo de imitar el mal, y pronto copias los vicios de los mismos cuyas virtudes no aciertas a imitar.

La misma nodriza no sea aficionada al vino, no lasciva, no parlezca; tenga una modesta niñera, un ayo serio. Cuando vea al abuelo, pase a su regazo, cuélguese de su cuello y cántela el *aleluya*, aunque ella no quiera. Tómela su abuela, conozca en el reír a su padre, sea amable con todos, y toda la parentela goce de haber nacido una rosa

dentro de ella. Aprenda en seguida que tiene también otra abuela, y cuál es su tía, y para qué Emperador y para qué (santa) milicia es criada tal discípula. Desea estar con ellas, amenazándote dejarte por ir a ellas.

—El hábito mismo y vestido la enseñe a Quien ha sido prometida. Cuídate bien de perforar sus orejas, ni pintes con cerusa y carmín los labios de la consagrada a Cristo. No aprestes su cuello con oro ni collares, no la enrubies el cabello de manera que sea como auspicio de los fuegos del infierno. Tanga otras perlas, las que, vendidas después, pueda con ello granjear el preciosísimo Margarito (Cristo).

Pretextata, que fue antaño una mujer nobilísima, por mandato de su marido Himecio, tío de la virgen Eustoquia, cambió su vestido y su porte externo, y peinó su pelo antes descuidado al estilo mundano, queriendo vencer el propósito de la virgen y el deseo de la madre; cuando he aquí que en la misma noche ve en sueños venir un ángel con terrible aspecto, amenazándola penas y estallando en estas palabras: “¿Has osado tú preferir el mandato de un hombre al de Cristo, y a tocar con tus sacrílegas manos sobre la cabeza de una virgen consagrada al Señor? Pues ya se están secando, para que sientas por el tormento lo que has hecho, y terminado el quinto mes seas lanzada en el infierno. Mas si persevera en ti el crimen, serás privada del marido y de los hijos.”

Todo por orden se cumplió, sellando una precipitada muerte la tardía penitencia de la miserable. Así venga Cristo a los violadores de su templo; así defiende las gemas y los preciosísimos ornamentos.

Y esto he dicho no porque quiera yo insultar con las calamidades de los infelices, sino para advertir con cuánto miedo y precaución debes conservar lo que a Dios prometiste.

—Cuando se vaya haciendo grandecita y creciendo, a ejemplo de su Esposo, en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y los hombres, vaya al templo del verdadero Padre con sus padres... Imite a María, a la que Gabriel encontró sola en su aposento... Ofrézcate a diario el tributo tomado de las flores de las Escrituras. Aprenda el ritmo de los versos griegos y siga en seguida la formación latina, que si la tierna boca no se forma en ello desde un principio se viciase la lengua con un peregrino extraño dejo y con extraños defectos mancillase el hablar patrio. Téngate por maestra, a ti imite la ruda infancia. Nada vea en ti ni en su padre que, al hacerlo, peque... Nunca salga al público sin

ti. No vaya sin su madre a las basílicas e iglesias de los mártires. Ningún joven, ningún elegante pueda sonreírla²². Celebre nuestra virgencita los días y las solemnes vigiliass, de modo que no se aparte de su madre ni el canto de una uña. No quiero que intime con ninguna de tus criadillas ni que la susurre al oído con frecuencia. Lo que a una dice, puedan saberlo todas... Póngase al frente de ella una virgen veterana, de probada fe, de buenas costumbres púdica, quien le enseñe y con su ejemplo la acostumbre a levantarse de noche para las oraciones y los salmos, a cantar de mañana los himnos, a estar en pie de guerra como luchadora de Cristo en las horas de tercia, sexta, nona, y encendida la lamparita para ofrecer el sacrificio vespertino. Siga a la oración la lección, y la lección a la oración. Breve le hará el tiempo a la ocupada en tanta variedad de menesteres.

Aprenda también a trabajar la lana, a tener la rueca, a poner el canastillo en las rodillas, a rodar el huso y a guiar con el pulgar el estambre. Desdeñe las telas de seda y los brocados de oro. Confecciones tales vestidos que ahuyenten el frío, no que desnuden a los vestidos cuerpos.

Sea su alimentación hortaliza y pan ligero, y rara vez peces. Y, para no alargarme en esto de los preceptos sobre la gula, de lo que en otro lugar hablé con más detención²³ coma de manera que siempre sienta apetito, y que al pronto de comer pueda leer y salmodiar.

Desagrádame, máxime en los tiernos años, los largos e inmoderados ayunos, en los que se traban las semanas con el aceite en las comidas y las frutas. Por experiencia sé que el asnillo de viaje, cuando está cansado, tira fuera del camino. Hagan esto los adoradores de Isis y de Cibeles, quienes, con golosa abstinencia, devoran los faisanes y las humeantes tórtolas con objeto de que no contaminen los dones de la diosa Ceres...

Si alguna vez sales por la ciudad, no dejes en casa a tu hija; ni sepas, ni acierte a vivir sin ti, temiendo el encontrarse sola. No tenga charlas con seculares, no trato con doncellas libres. No asista a las bodas de los criados, ni alterne en las ruidosas diversiones de la familia...

En vez de las perlas y las sedas, ame los divinos códigos... Aprenda lo primero el Salterio, y con esos cánticos se entusiasme, e instrúyase toda la vida en los Proverbios de Salomón. En el Eclesiástico acostúmbrese a pisotear las cosas del mundo. En Job siga los ejem-

plos de virtud y de paciencia. Pase a los Evangelios, no dejándolos jamás de las manos. Beba con toda la avidez de su corazón en los Actos de los Apóstoles y en las Epístolas, y cuando hubiera llenado de estas riquezas la despensa de su pecho, confíe a la memoria los profetas y el Heptateuco²⁴ y los Reyes y los libros del Paralipómeneo, y también los volúmenes de Esdras y de Ester. Al fin, ya sin peligro, lea el Cantar de los Cantares, no sea que, leyéndolo en un principio, se hiera por no entender bajo palabras carnales el epitalamio de las Bodas espirituales. Deje todos los apócrifos... Hay en ellos mezclado mucho vicioso y se precisa gran prudencia para buscar oro en el lodo.

—Responderás: ¿Cómo una mujer seglar, en medio del trato con tantas gentes y en Roma, puede guardar todo esto? Pues no te pongas bajo el peso que no puedes sobrellevar; sino que, después de haberla dado la leche con Isaac y de haberla vestido con Samuel, envíala a su abuela (Paula) y a su tía (Eustoquia). Devuelve esa preciosísima perla a la casita de María y ponla en la cuna de Jesús vagiente. Críese en un monasterio, esté entre los coros de las vírgenes, no aprenda a jurar, repunte sacrilegio el mentir, ignore el mundo VIVA A LO ÁNGEL, SEA EN LA CARNE SIN CARNE, piense que todos los humanos son semejantes a ella... Mejor te es que la echés de menos por su ausencia que no que hayas de estar por todo temerosa de si habla y con quién habla, quién le place y a quién mira con complacencia. Entrega a Eustoquia la niña, cuyo vagido es ya desde ahora una oración para ti... Esté en haldas de su abuela, la que puede repetir en la nieta lo que ya hizo en su hija, ya que por larga costumbre aprendió a criar, guardar y enseñar a vírgenes... Feliz virgen, feliz Paula (hija) de Toxocio, la que por las virtudes de la abuela y de la tía es más noble por la santidad que por la sangre.

¡Oh, si pudieses ver a tu suegra (Paula) y a tu cuñada (Eustoquia, en Belén), y en aquellos cuerpecillos intuir almas tan grandes... tú misma te ofrecerías con más veras a Dios...!

Si envías a Paula, yo mismo me comprometo a enseñarla y a criarla. La cargaré sobre mis hombros, y, viejo, compondré sus palabras balbucientes, más feliz con esto que aquel filósofo mundano, por adoctrinar no ya al rey macedonio (Alejandro), que había de perecer con el veneno, babilónico, sino a una sierva y esposa de Cristo, que ha de ser ofrecida a los reinos celestiales.

A Gaudencio

Tema difícil es el escribir a un niña, que no entiende lo que le dices, cuyo ánimo ignoras, de cuya voluntad es peligroso prometerse nada, de suerte que, según el exordio de un ilustre orador, “hay que alabar en ella más las esperanzas que la realidad presente”.

Pues, ¿cómo exhortaré a la continencia a una niña que no desea sino golosinas, que en el regazo materno balbucea con voz parlara; para la que son más dulces las mieles que las palabras? ¿Cómo puede oír las profundidades del Apóstol la que sólo gusta de los cuentos de viejas? ¿Qué gusto puede sacar a los enigmas de los Profetas la que se impresiona por el rostro ceñudo de una niñera? ¿Cómo puede entender la majestad del Evangelio, ante cuyos rayos se deslumbra todo el sentido de los mortales? ¿Cómo ha de exhortar a que se someta al padre, a la que con su tierna mano pega a su madre que se ríe?

Reciba, pues, nuestra Pacátula esta cartita para leerla más tarde. Entre tanto, vaya aprendiendo los rudimentos de las letras, juntando sílabas, asociando nombres; ya para que lea todo eso con voz sonora, prométansela confites y golosinas y cuanto es dulce de gustar; que la esperanza de recibir las flores de primavera, los brillantes cristales, las acariciadoras muñecas avive su gusto.

Ensaye entretanto el manejar del huso con el dedo pulgar, rompa con frecuencia los estambres, para que después no los rompa. Después del trabajo dese a los juegos, cuélguese al cuello de la madre, robe los besos de los parientes, cante salmos por el premio; AME LO QUE SE LE OBLIGA A APRENDER, para que no sea trabajo, sino deleite; no necesidad, sin voluntad.

Suelen algunas; cuando ofrecen a una futura virgen, revestirla de oscura túnica y cubrirla de negro manto, quitarle el lienzo, sin permitirle ningún oro en la cabeza; y con buen acuerdo, no sea que aprenda a tener en la tierna edad lo que luego ha de verse precisada a dejar.

Otros piensan debe hacerse lo contrario, y dicen: “¿Por qué eso? como si no hubiera de verlo en sus compañeras aunque ella misma no lo lleve.” El sexo femenino es *filocosmon* (amante de lo bello), y sabemos que muchas, aun de insigne honestidad, se arreglan para sí, aunque no sea para agradar a ningún hombre. Más vale que se sacie con su posesión y vea son alabadas otras que esto no tienen. Preferi-

ble es que lo desprecie después de saciada a que lo codicie por no tenerlo.

Algo de esto hizo el Señor con el pueblo de Israel con los que ansiaron por las carnes de Egipto, enviando una nube de codornices, de las que se hartaron hasta la náusea y el vómito; y muchos hombres de mundo más fácilmente se privan del placer corporal antes experimentado que los que desde la infancia desconocieron la sensualidad. Aquéllos pisotearon lo conocido, éstos apetecieron lo desconocido. Aquéllos evitaron, con la penitencia, las insidias de la suavidad de las que huyeron; éstos, acariciados por la dulce titilación corporal, encontraron nocivo veneno en la imaginada miel.

Entonces, ¿qué? ¿Habrà que rendirse a la lujuria en la mocedad, para después despreciar más fuertemente la lujuria?...²⁵

Heme apartado un tanto del tema, y queriendo instruir, o mejor, alimentar a nuestra pequeña Pacátula, guerrear de súbito contra mí muchas que son poco *pacatas* (pacíficas)²⁶.

Tornaré a mi propósito: EL SEXO FEMENINO ALTERNE CON SU MISMO SEXO; NO SEPA, Y AÚN TEMA JUGAR CON LOS MUCHACHOS. Ignore toda palabra impúdica, y si acaso en el barullo familiar oyere algo, no llegue a percatarse de ello. Un gesto de la madre téngalo como palabra y consejo, y aun como mandato. AMELA COMO A MADRE, OBEDÉZCALA COMO A SEÑORA, REVERÉNCIELA COMO A MAESTRA.

Cuando esta virgencita todavía sin juicio y sin dientes alcance los siete años de edad y empiece a sentir el rubor, a saber lo que ha de callar y dudar de lo que ha de decir, aprenda de memoria el Salterio y hasta los años de la pubertad los libros de Salomón. Haga de los Evangelios, de los Apóstoles y de los Profetas el tesoro de su corazón. No salga libremente en público, ni busque ser vista en las iglesias. Tenga todas sus delicias en su aposento.

No vea nunca a los mancebos, y a los jóvenes peripuestos; aléjense las muelles canciones, las que, filtrándose por el oído, hieran el alma, como también la licencia lasciva de las mujeres, las que cuanto con mayor facilidad son admitidas, más difícilmente se evitan, en secreto enseñan lo que aprendieron, violando con los decires del mundo a la reclusa Danas²⁷.

Tenga una institutriz por compañera, un aya por custodia, pero no muy dada al vino; no, según el Apóstol, ociosa ni charlatana, sino sobria, grave, que labre la lana y que solo hable lo que forma para la

virtud el ánimo de una joven. Así como el agua sigue el surco trazado por el dedo en la arena, así la blanda y tierna edad es flexible a entrambas partes, y va adonde la llevas.

Suelen jóvenes lascivos y compuestos buscar paso abierto por medio de sus nodrizas o por sus doncellas, usando de caricia, de afabilidad, de regalitos; y después de haber entrado suavemente, con esas chispas provocan incendios, y poco a poco llegan hasta la desvergüenza... Ruboriza el decirlo pero ha de decirse: Mujeres nobles hay que, después de haber desdeñado a pretendientes aun más nobles que ellas, se unan con hombres de vilísima condición y aun con criadillos y, so capa de religión y sombra de continencia, abandonan a veces a sus maridos, las Helenas siguen a los Alejandros, y no temen a los Menelaos.

Se ven estas cosas, y se deploran, y no se vengán, porque la multitud de los que pecan suministra licencia para pecar. ¡Oh crimen! El orbe de la tierra se desploma, en nosotros los pecados no se desploman. La ínclita urbe y cabeza del Imperio romano ha sido devorada por un incendio... En cenizas y pavesas hánse visto reducidas algunas iglesias; y, sin embargo, nos damos a la avaricia. Vivimos como quien ha de morir mañana, y edificamos cual si siempre hubiésemos de vivir en este mundo.

—En tales tiempos ha venido a nacer nuestra Pacátula. Entre tales juguetes para su tierna infancia, aprendiendo antes de lágrimas que de risa, sintiendo antes el lloro que el gozo. Aun no ha entrado, y ya está saliendo. Piense que tal fue siempre el mundo. Ignore lo pasado, huya lo presente, anhele lo futuro.

Tu caridad hermano Gaudencio, me impelió a dictar esto con tumultuoso estilo, escribiéndote como viejo a niño tras de larga ausencia, después de las muertes de amigos y del luto perpetuo. Preferí dar un poco al que me pedía en vez de negarle todo; porque en lo uno se reconoce la buena voluntad apesadumbrada por el luto; en lo otro se disimula a la amistad.

A Paula, viuda y abadesa

Consuela a la madre inconsolable por la muerte de blesila. Nada más delicado ni de más fuerte. Era Santa Paula demasiado madraza.

Belén, año 385.

Quién dará agua a mi cabeza, y a mis ojos una fuente de lágrimas, y lloraré no como Jerusalén... ni como Jesús, a la mísera Jerusalén, sino que lloraré la santidad, la misericordia, la inocencia, la castidad; lloraré el que todas las virtudes hayan sucumbido a la muerte de una. No que haya de llorarse a la que se fue, sino que los que merecemos ser más amargamente llorados somos nosotros, los que ya no volveremos a verla.

Porque, ¿cómo se puede recordar con ojos enjutos aquella joven de veinte años, que con tan ardiente fe portaba el estandarte de la cruz, pues se dolía más de no ser virgen que de ser viuda? ¿Quién podrá recordar sin sollozo su constancia en la oración, su pulcritud en el hablar, la tenacidad de su memoria, la agudeza de su ingenio? Si la hubieras oído hablar en griego, creerías que no sabía latín... En pocos, no diré meses, sino días, de tal modo había vencido las dificultades del hebreo, que competía con su madre (Paula) en aprender y en cantar los salmos. Su sencillez no argüía, como a veces ocurre, un espíritu hinchado, pero como se humillaba en lo interior de su alma, no había entre las doncellas vírgenes de la servidumbre y la señora diferencia alguna, sino que sólo se la notaba en que iba compuesta con mayor descuido.

Vacilaban sus pasos por la enfermedad, pudiendo apenas el delgado cuello sostener su rostro pálido y tembloroso; y, sin embargo, tenía siempre entre manos al Profeta o al Evangelio.

En lágrimas se bañan las mejillas, los sollozos ahogan la voz y el emocionado pecho no suelta a la lengua trabada.

Cuando el ardor de las fiebres derretía aquel santo cuerpecillo y un círculo de familiares rodeaba el lecho de la moribunda, nos legaba estas palabras finales: "Rogad al Señor Jesús que me perdone, porque no pude cumplir lo que deseaba."

Vive segura, Blesila mía, viendo en todo tiempo que tus vestidos están blancos. confío ser cierto lo que digo: NUNCA ES TARDÍA LA CON-

VERSIÓN. Este dicho cumpliósse por vez primera en el ladrón: "En verdad te digo: hoy estará conmigo en el Paraíso".

Y después de haber tirado el peso de la carne, el alma voló de nuevo a su Autor, y ascendió a su antigua posesión después de un largo destierro. Prepáranse, como de costumbre, las exequias, y desfilando delante por orden los nobles, sigue el féretro, cubierto de un dorado velo. Parecíame oírla clamar desde el cielo: "No reconozco yo estas vestiduras, este ornato no es mío."

Pero, ¿qué oigo? He venido a reprimir las lágrimas de la madre, ¿y lloro yo mismo? Confieso de mi afecto; todo este libro está con lágrimas escrito. También Jesús lloró a Lázaro, porque le amaba. No es el mejor consolador quien se deja vencer por el propio llanto y cuyas reblandecidas entrañas sudan palabras entrecortadas con lágrimas.

Confieso, Paula mía, confieso a Jesús, al que Blesila sigue; confieso ante sus santos ángeles, de cuyo consorcio disfruta, que padezco yo los mismos tormentos que tú padeces, siendo su padre en espíritu, su nutricio en la caridad.

No choca también en mi mente con frecuencia: la ola. ¿Por qué los viejos impíos del siglo gozan en las riquezas; por qué la inexperta adolescencia y la puéricia sin pecado son tronchadas en flor antes de madurez? ¿Por qué motivos niños, a veces de dos y tres años, y los que maman el pecho materno son vejados por los demonios, vénsen manchados de lepra, devorados por el morbo regio (sífilis); y, por el contrario, los impíos, adúlteros, homicidas, sacrílegos, andan tan robustos y seguros de su salud y blasfeman contra Dios? Y más cuando "la maldad del padre no redundará al hijo, y el alma que pecare, ella morirá"... ¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Qué inescrutables son sus juicios e impenetrables sus caminos!"

Bueno es Dios, y todo lo que hace el que es bueno necesariamente ha de ser también bueno. ¿Que se me quita el marido? Siento lo ocurrido, pero lo llevaré con igualdad de ánimo, porque así place al Señor. ¿Hame sido arrebatado el único hijo? Duro es, pero llevadero, porque me lo quitó el que me lo había dado. Si fuere ciego, me consolará la lectura de un amigo. Si las sordas orejas me niegan el oír, carecerá de vicios, no pensaré sino en el Señor. Amén de esto. ¿se echará encima la dura pobreza, el frío, la enfermedad, la desnudez?

Aguardaré la muerte final, y reputaré breve el mal que es seguido de un fin mejor...

¿Por qué ha de ser duro lo que a veces tenemos que padecer? Y, ¿por qué compadecemos al difunto? No hemos nacido para ser eternos... Y nos indignamos de que fulano haya muerto, cuando tal vez “fue arrebatado para que la malicia no mudase su inteligencia, por ser grata a Dios su alma...” Llórese al muerto, pero a aquel que ha sido recibido en el infierno, al que devora el tártaro, cuya pena es arder en el fuego eterno...

Felicitemos a nuestra Blesila, porque de las tinieblas emigró a la luz y recibió la corona de su labor consumada... De llorar fuera con una fuente de lágrimas si la muerte prematura la hubiera sorprendido en devaneos de delicias. Mas habiendo, por la misericordia de Cristo, sido lavada hace casi cuatro meses como con un segundo bautismo, no temas te diga el Salvador: “¿Enójaste, Paula, de que tu hija se haya hecho mi hija? ¿Te indignas de mi temes te diga el Salvador: “Enójaste, Paula, de que ahora la posee?... ¿Te niegas a comer no por ayunar, sino de coraje? No amo yo esa frugalidad. Tales ayunos son enemigos míos. No recibo ningún alma que contra mi voluntad se separa del cuerpo. Tenga tales mártires la necia filosofía, tenga a Zenón, a Cleobroto o a Catón (los que se suicidaron)... ¿Esto es lo que en el monasterio me prometías? Y ¿parecías ser más religiosa por llevar un hábito distinto del de las otras matronas? Este llorar propio es de quienes visten de sedería.

Y te desmayas, y haces la muerta²⁸, y cual si no hubieras de parar en mis manos, ¿huyes del cruel Juez? También huyó antaño el animoso profeta Jonás; pero en lo profundo del mar, mío fue. si creyeses viva a tu hija, nunca llorarías de que haya emigrado a mejor vida. ¿Esto es lo que había mandado a mi Apóstol, que no os contristáseis por los durmientes (muertos), como los gentiles? ¡Avergüenzate!, sales perdiendo en la comparación con una pagana. Más eres esclava del diablo que mía. Aquella fingió en el cielo al marido trasladado; tú, o no crees o no quieres que tu hija esté morando conmigo.

Pero me dirás: ¿Cómo me prohíbes llorar, cuando también Jacob lloró inconsolable a su José..., y David a Absalón? Facilísima es la respuesta; el que Jacob llorase a su hijo, al que creía asesinado, por lo que quería bajar hasta él a los infiernos, no habiendo todavía Cristo abierto la puerta del Paraíso, ni habiendo su sangre extinguido la

llameante espada, blandida por los serafines que hacían la guardia... Más en Cristo, o sea en el Evangelio, por el cual queda abierto el Paraíso, a la muerte siguen las alegrías. Lloran todavía los judíos..., y con razón, pues, no creyendo en la resurrección de Cristo, prepáranse al advenimiento del Anticristo. Pero nosotros, que nos hemos vestido de Cristo y hemos sido hechos, según el Apóstol, una raza regia y sacerdotal, no debemos contristarnos por los muertos... NUESTRA MUERTE ES EL PECADO.

Y aun te he hablado como hubiera llamado al orden a cualquiera vulgar cristiana. Mas como sé que has renunciado al mundo entero... extrañame verte hacer extremos, que si otras hiciesen, parecerían merecedoras de reprensión. Vuélvete a la memoria su trato, dulce hablar, su compañía, y no puedes roportar la carencia de esto.

Perdonamos las lágrimas de una madre, pero ponemos moderación en el dolor. Si pienso que eres madre, no reprendo tu llanto; pero los nombres de cristiana y de monja excluyen al de madre. Reciente está la llaga, y el contacto, aunque suave, más que curarla, la irrita.

Mas lo que con el tiempo ha de ir mitigándose, ¿por qué no ha de vencerse con la razón? Mira cuánto sufrió Jacob, y verás que eres por demás delicada.

Sé lo que vas a responder: pero eso le vino en prueba, como a justo. Pues tú eliges de dos cosas la que prefieras: o eres santa, y se te prueba; o eres pecadora, e injustamente te quejas, padeciendo, menos de lo merecido.

¿Para qué he de repetir casos antiguo? Sigue ejemplos actuales. La santa Melania, de nuestro tiempo, verdadera nobleza entre cristianos con la cual el Señor me conceda también tener parte en su día-, caliente todavía el cadáver de su marido, y sin enterrar, perdió juntos dos hijos. Una cosa increíble voy a decir, pero no falas; Cristo me es testigo. ¿Qué no había de pensar verla al modo de los linfáticos, con el cabello desgreñado, rasgado el vestido y golpeado el pecho? Pues ni gota de lágrima derramó; inmóvil permaneció, y derribada a los pies de Cristo le sonrió, cual si El mismo así le tuviese. Y dijo: "Te serviré más suelta, Señor, por haberme librado de tanto peso."

Pero quizá fue luego vencida en lo restante. Pues no; con cuántas veras los habían dejado, probólo después en el único hijo, al que entregó todos sus haberes, y al entrar el invierno, navegó rumbo a Jerusalén.

Ten compasión de ti, ten compasión de tu hija que ya reina con Cristo, ten siquiera compasión de tu Eustoquia, cuyos pocos años y su tierna infancia tú tienes que dirigir. Está rabioso el diablo, y como ve entre tus hijos a una triunfante, dolido de verse pisoteado, busca victoria en lo remanente, habiéndola perdido en lo que precedió. *LA MUCHA PIEDAD CON LOS PROPIOS ES IMPIEDAD CON DIOS.* Abraham mató a su único hijo ²⁹; ¿y te quejas tú de que una, entre varias, haya sido coronada?

No puedo sin gemido expresar lo que voy a decir. Cuando en medio de la pompa del funeral te llevaban desmayada, el pueblo cuchicheaba entre sí: “¿No sucede lo que solíamos decir? Duélese de la hija matada con tanto ayuno, por no tener nietos ni del segundo matrimonio. ¿Cuándo será el día en que se arrojará de la ciudad a este detestable género de monjes? ¿Por qué no se le apedrea o se le precipita en el río? Han seducido a una miserable matrona, que bien está probando como no quería ser monja, pues ninguna mujer gentil lloró jamás tanto a sus hijos”.

¿Cuál piensas no sería la tristeza de Cristo a estas voces? ¡Cómo se alegraría Satanás, el que, apresurándose a arrebatar tu alma y proponiéndote el cebo de un pío dolor, mientras la imagen de tu hija se mueve siempre ante tus ojos, quiere matar a la madre de la vencedora e invadir la soledad de la hermana que queda!

No te lo digo para amedrentante; más, como el señor me es testigo, como quien asiste a su tribunal, te presento todos estos cargos. Detestables son esas lágrimas, llenas de sacrilegio, llenísimas de incredulidad, pues no tienen moderación, llegando hasta las cercanías de la muerte. Aúllas y gritas, y como enardecida por cirios, en cuanto de ti depende, eres siempre homicida de ti misma.

Pero a la tal entra el clemente Jesús: ¿Por qué lloras? No está muerta la joven, sino que duerme. Ríanse los circunstantes. Tal incredulidad es propia de judíos...

¿Cuánto piensas que padecerá ahora nuestra Blesila, qué tormento sufrirá, al ver a Cristo airado contra ti? Clama ahora ella a la que llora: “Madre, si un día me amaste, si mamé a tus pechos, si me instruiste con tus consejos, no envidies mi gloria ni hagas de modo que seamos para siempre separadas. ¿Crees que estoy sola? Tengo en vez de ti a María, Madre del Señor. Muchas aquí veo que antes desconocía. ¡Oh, cuánto mejor es esta compañía! Tengo a Ana, que

antaño profetizó en el Evangelio y, para que más te alegres, lo que ella consiguió en tantos años de trabajo, yo en tres meses lo he conseguido. Hemos recibido una palma de castidad. ¿Tienes compasión de mí por haber dejado mucho? Pues yo me compadezco de vuestra suerte, porque estáis aún recluidos en la cárcel del mundo y a diario peleáis en el campo de batalla, arrastrándoos a la ruina, ya la ira, ya la avaricia, ya la lujuria, ya los estímulos de los vicios varios. Si quieres ser mi madre, procura agradar a Cristo. No reconozco a una madre que desagrada a mi Señor.

Dice ella otras muchas cosas que callo, y por ti ruega al Señor, impetrando para mí, porque estoy seguro de su pensar, el perdón de mis culpas porque la amonesté, porque la exhorté, porque, a trueque de salvarla, incurrí en la odiosidad de sus familiares.

—Por eso, mientras el espíritu rija estos miembros, mientras disfrutemos del bien de la vida, empeño mi palabra, prometo y aseguro que mi lengua resonará su nombre, a ella se dedicarán mis trabajos, para ella sudará mi ingenio. No habrá página alguna que no suene a Blesilla. Doquiera que llegaren los monumentos de mi palabra, ella peregrinará con mis opúsculos. Por donde en mi mente, la verán clavada vírgenes, viudas, monjes, sacerdotes.

El breve espacio de la vida será por una eterna memoria compensado. La que con Cristo vive en los cielos, vivirá también en labios de los hombres. Pasará también la época presente, seguirán luego los siglos advenideros, los que juzgarán sin amor y sin envidia. Será puesta entre el nombre de Paula y de Eustoquia. Nunca ha de morir en mis libros. Me oirá hablando siempre con su hermana, con su madre.

A Lucinio, caballero sevillano

*San Jerónimo profesa especial afecto a este matrimonio que desde la lejána Bética le profesa tal veneración y tal afán por sus escritos*³⁰.

Belén, año 398.

De repente me entregan tus letras cuando menos lo pensaba, las que cuanto más inesperadas, tanto más llenas están de alegría, reanimando a mi decaído espíritu y moviéndome en seguida a amar al que de vistas ignoraba, y haciéndome musitar en mis adentros aquello: “Muchos del Oriente y del Occidente vendrán, y se recostarán en el seno de Abraham”. El Apóstol, escribiendo a los romanos, dice: “Cuando empiece a caminar hacia España, espero veros de paso, y que vosotros me llevaréis allí”, demostrando cuántos frutos buscaba en aquella provincia...

—Ruégote y te amonesto con afecto de padre, que habiendo dejado a Sodoma, apresurandote hacia las montañas, no mires atrás, ni dejes algún día la esteva del arado, ni la fimbria del Salvador, ni sus rizos humedecidos con el nocturno rocío... (cánticos). EMPEZAR ES DE MUCHOS, LLEGAR A LA CUMBRE DE POCOS. “Los que en el circo corren, todos corren, sí mas uno solo recibe la corona.” (Cor.). Y, en cambio de nosotros se dice: “Corred de manera que la alcancéis” No es envidioso nuestro *agonoteta*, ni prepara a uno la palma y a otro la ignominia. Desea coronar a todos sus atletas.

Tienes contigo una compañera primero en la carne³¹, ahora en el espíritu, convertida de esposa en hermana, de mujer en varón, de sujeta en igual, que bajo el mismo yugo se apresura contigo hacia los reinos celestiales.

La precavida administración de la hacienda familiar... no se deja prontamente. José no pudo huir de la egipcia vestido de túnica... Elías, arrebatado al cielo en carro de fuego, dejó su manto en la tierra... Mientras en este siglo vivimos y nuestra alma está presa por la procuración de posesiones y réditos, no podemos libremente pensar en Dios. “No podéis, dice el Señor, servir a Dios y a las riquezas”. Dejar el oro es de principiantes, no de perfectos. Hizò también esto el tebano Grates, hízolo Antístenes. Ofrecerse a sí mismo a Dios es propio de cristianos y de Apóstoles.

Ya comprendes tú mismo con qué intención te hablo, y que con otras palabras te invito a vivir en los Santos Lugares. Tu abundancia sustentó la penuria de muchos, para que las riquezas de estos redundase en favor de tu indigencia... Pero el Señor busca más las almas de los creyentes que sus haberes. Leemos: "El rescate del alma del varón son sus propias riquezas." (prov. 13).

Mis opúsculos que decías desear no ya por su mérito, sino por tu bondad, los tengo entregados a tus hombres para la copia, y los he visto escritos en códices de papiro; y frecuentemente les advertí que los revisasen con cuidado y los corrigiesen, no habiendo podido yo mismo releer tantos volúmenes, por ser tantos los que por aquí pasan, y los peregrinos, y como ellos lo vieron presentes, retenido por largo malestar, apenas comencé a respirar en los días de Cuaresma, cuando ellos se caminaron. Por lo que si encontrases letras mal puestas y alguna falta en la escritura que impida entender al lector, no debes atribuirlo a mí, sino a los tuyos, y a la impericia de los copistas y libreros y al descuido de quienes escriben no lo que encuentran, sino lo que ellos entienden, y afanándose por enmendar errores ajenos manifiestan los propios.

—Ahora bien; un falso rumor ha llevado hasta ti que yo he traducido los libros de José, y los volúmenes de los Santos Papías y de Policarpo; pero ni ocio ni fuerzas tengo para expresar bellamente tantas cosas en distinta lengua. He traducido algunas cosas de Orígenes y de Dídimo, queriendo demostrar en parte a los nuestros el contenido doctrinal de los griegos. He entregado a tus siervos y notarios, para que lo copien, el canon de la verdad hebraica, excepto el Octateuco, que ahora tengo entre manos. No dudo de que tú también tienes la edición de los Setenta Intérpretes ³², y hace muchos años la entregué a los estudiosos después de enmendada con toda diligencia. He vuelto al latín del original griego el Nuevo Testamento ³³, porque así como se ha de examinar la fidelidad de los viejos libros según los volúmenes hebreos, así la de los nuevos pide el recurso al texto griego.

—En cuanto a tu pregunta acerca de si se ha de ayunar en sábado y si la Eucaristía ha de recibirse a diario, como lo hacen la Iglesia romana y la de España, sobre ello escribió también Hipólito, varón elocuentísimo, y diversos escritores editaron trozos de testimonios de varios autores. Pero yo creo poder aconsejarte brevemente que las

tradiciones eclesiásticas, y más las que no obstan a la fe, han de observarse conforme nos las transmitieron los mayores... Y ojalá en todo tiempo pudiésemos ayunar, y tomar siempre la Eucaristía sin exponernos a nuestra condenación por punzarnos la conciencia, y oír al salmista que dice: “Gustad y ved que el Señor es suave”. Y no digo esto como si pensase se ha de ayunar en los días de fiesta, y que suprima las cincuenta ferias [pascuales]³⁴, trabadas unas con otras, sino que cada país abunde en su sentir y considere los preceptos de los mayores como leyes apostólicas.

—He recibido dos mantos y la capa de tu uso o para gastarlos yo o para dárselos a los santos (a los monjes). Yo te he emitido unas muestras de mi pobreza, y como símbolo de cotidiana penitencia cuatro pequeños cilicios para tu propósito y tu uso, como también un códice, o sea diez visiones de Isaías muy oscuras, que poco ha expliqué en un histórico comentario, para que cuantas veces vieres mis opúsculos otras tantas prepares tu navegación, que vienes por un tiempo dilatando, al recordar a tu dulcísimo amigo.

“Y porque no está en manos del hombre su camino y los pasos del hombre por el Señor son dirigidos”, si tal vez hubiese algún impedimento, lo que Dios no quiera, Ruégote no separe lo largo de las distancias a los que junta la caridad y que, por el intercambio de correspondencia, sienta presente siempre a mi ausente Lucinio.

A Teodora, dama sevillana

Consuélala por la muerte de su esposo Lucinio.

Belén, año 399.

Consternado por la lúgubre nueva de la dormición del para mí santo y venerable Lucinio, apenas he podido dictar una breve carta. No que me duela de su suerte, pues sé que ha pasado a mejor vida..., sino por verme atormentado con el sentimiento de no haber merecido ver la cara de aquel varón que yo pensaba había de venir aquí (a Belén) en breve... Pero cábenos el consuelo de que la muerte es estrangulada por la voz del Señor, por la cual se le canta: “Seré tu muerte, oh muerte, seré tu mordisco, infierno.” (Os., I3).

Contra esa dura y cruelísima necesidad del morir nos reanimamos con este consuelo de ver en breve a los que lloramos, pues no se llama muerte, sino *dormición* y sueño. Por donde el santo Apóstol prohíbe entristecerse, por causa de “los durmientes”, para que creamos han de resucitar los que sabemos que duermen, y que, sacudido el sopor, han de velar con los santos, y decir con los ángeles: “Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”. En el cielo, donde no hay pecado, hay gloria, y perpetua alabanza e incansables cantares...

—Por donde te ruego y empujo, como dicen al que corre, que añores a tu Lucinio como a hermano, pero que goces de que reina con Cristo. Nosotros somos más dignos de lástima estando a diario en la guerra de los pecados, manchándonos con vicios, recibiendo heridas y habiendo de dar cuenta de una palabra ociosa.

El, ya seguro y victorioso, te mira desde arriba, atendiendo a la que trabaja, y junto a sí te prepara un lugar con el mismo amor y la misma caridad con que, olvidado de oficio conyugal, empezó a tener-te por hermana en la tierra, y a sí mismo por hermano tuyo, porque la casta unión no tiene sexo nupcial ³⁵.

Y si, puestos todavía en la carne y renacidos en Cristo, “no somos griego ni bárbaro, siervo ni libre, marido ni mujer, sino un solo en El”, ¿cuánto más cuando esto corruptible revista la incorrupción, y lo mortal revista la inmortalidad? (Gal. 3)... Serán semejantes a los ángeles; luego no dejarán de ser hombres. Inclitos, sí, y decorados con el esplendor de los ángeles, pero hombres sin embargo, de manera que el Apóstol sea el Apóstol y María María, y quede confundida la herejía que promete cosas grandes e inciertas, suprimiendo lo que es moderado y cierto.

Y ya que de la herejía hemos hecho mención, ¿qué trompeta habrá con elocuencia digna de pregonar a nuestro Lucinio, quien, al enseñarse por las Españas la herejía de Basílides y devastando todas las provincias a modo de morbo pestilencial, retuvo la pureza de la fe de la Iglesia, no admitiendo a Armagil, a Barbelón, a Abraxas, a Bál-samo y al ridículo Leusibora y a los demás monstruos más que nombres, que para excitar los ánimos de ignorantes y de mujercillas, nombres sacados de fuentes hebraicas para aterrar a los simples con su bárbaro sonsonete, para que más admiren lo que no entienden...?

Calcule por ahí tu prudencia de cuánto loor es digno nuestro Luci-

nio, el que cerró su oreja para no oír el juicio de la sangre, y todo su haber lo dispersó, dándolo a los pobres, para que su justicia permanezca eternamente. (Salmo III).

Y no contento con hacer larguezas en su Patria, en vio tanto oro a la Iglesia de Jerusalén y de Alejandría, cuanto fue preciso para socorrer la indigencia de muchos.

◦ Y si esto tantos lo admiran y lo pregonan, yo alabaré todavía más en el fervor y el estudio de las Divinas Escrituras. Con qué afán pedía mis opúsculos, y enviando seis amanuenses, por la escasez de escribientes en lengua latina en esta provincia (de Palestina), hizo le fuesen copiado cuanto desde mi mocedad hasta el presente tiempo había yo dictado. No me honró a mí, que soy pequeño y el mínimo de todos los cristianos, y por tener conciencia de nuestros pecados habitamos el pedregoso campo betlemítico, sino a Cristo, el que es honrado en sus siervos...

Por tanto, hija carísima, ten esta carta como un epitafio de mi amor hacia él, y manda sin miramiento cuanto sepas puedo hacer de obra espiritual, para que conozcan los siglos advenideros a aquel que dice en Isaías: “Púsome cual saeta elegida; en su aljaba me escondió” (Is., 49), con su punta hirió a dos varones entre sí separados por tan grandes espacios de mar y tierra, estando juntos en espíritu, ya que en cuanto a la carne nunca se hayan conocido.

A Salvina, viuda de Nebridio

Delicadísima carta a esta joven viuda, y muy propia para consolar a otras semejantes a ella.

Belén, año 400.

Recelo que el cumplimiento de un deber se reputé ambición, y lo que hacemos a ejemplo del que dijo: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón”, se diga lo hacemos por apetencia de gloria, y que busquemos la amistad de los poderosos con ocasión de

hablarles, insinuándonos en las regias aulas so pretexto de hablar a una viuda atribulada...

Hablo, pues, a una pobrecilla que ignora lo que posee. Y no miro su bolsillo, sino la pureza de su alma. Hablo a una cuya cara ignoramos y cuyas virtudes no son conocidas y que la fama recomienda; cuya juventud nos hace todavía más venerable su pudicia, a la que así lloró la muerte de su joven marido, como había dado ejemplo de buena casada; de tal modo sobrellevó su pérdida, que pudiera creerse había marchado, no muerto; de tal modo buscó a su Nebridio ausente, como quien sabía que en Cristo le tenía presente.

¿Por qué, pues, escribo a la que nos es desconocida? Por tres causas: *Primera*: porque, dado mi oficio sacerdotal, a todos los cristianos los amamos como a hijos, y su partida es nuestra gloria. *Segunda*: porque el padre del difunto estaba conmigo ligado con íntima amistad. *Ultima* y más poderosa: porque al rogármelo mi hijo Avito, nada pude negarle, el que con una y más cartas, más importuno que la mujer del Evangelio..., venció mis temores, inclinándome al fin, a su deseo antes que a mi propia conveniencia.

—Otro alabaría tal vez a Nebridio de que, siendo hijo de la hermana de la Augusta (emperatriz Elia Flacila, mujer de Teodosio el Magno) y educado en su regazo, supo hacerse amar de este invencible príncipe, quien le buscó una esposa nobilísima... Pero mi primer elogio será decir que Nebridio, como presintiendo su próxima muerte, de tal modo vivió como quien creía había de ir a Cristo.

Fue tan religioso y tan amador de la castidad, que se acercó virgen a su mujer; fue tan temeroso de Dios con toda su casa, que, olvidada su dignidad, todo su trato era con monjes clérigos, y tantas limosnas distribuía entre las gentes, que se veía acosado por enjambres de pobres y famélicos. “Ciertamente oraba siempre a Dios de modo que le sucediese siempre lo mejor”. Fue arrebatado para que la malicia no mudase su mente, porque era grata a Dios su alma.

Nada le perjudicó al militar el arnés ni el cinturón ni los pelotones de guardias, porque bajo el uniforme de uno militaba para otro. Como, por el contrario, de nada sirve a otros el manto vil, la negra túnica, el exterior descuidado y la disimulada pobreza, si las obras destruyen el nombre de la pobreza...

Y para que nadie piense que sólo encomio en Nebridio sus limosnas, aunque el haber sido limosnero es ya gran cosa..., vendré a las

demás virtudes tuyas, las que en pocos hombres podemos encontrar reunidas.

Maravilla decir cómo un hombre que comía en palacios, compañero y condiscípulo de los Augustos (Arcadio y Honorio), a cuya mesa sirve todo el orbe, las tierras y los mares, entre tanta abundancia de todo y en la primera flor de la edad, fue tal su modestia, que superó al pudor virginal, sin prestarse a la menor habla de rumor obsceno.

Además, siendo amigo familiar de los que visten púrpura, socio, sobrino y formado en los mismos estudios con ellos, lo que concilia para sí aun los ánimos de los extraños, no por eso se infló de soberbia, ni despreció a los demás hombres con altanera frente; sino que, afable con todos, amaba como hermanos a los príncipes, los veneraba como a señores, confesando ser su propio bienestar el bienestar de ellos.

A los ministros de palacio y a toda la oficialidad que rodea al boato negro, se los había de tal modo ganado para sí que, siendo inferiores en categoría, creíanse iguales en el oficio.

Difícil es sobre ponerse por la virtud a la gloria y ser amado de los inferiores a ti. ¿Qué viuda no se sustentó con su ayuda? ¿Qué huérfano no halló en él un padre? Todos los obispos del Oriente llevaban a él las súplicas de los miserables y los anhelos de los trabajados. Cuanto al emperador pedía, convertíalo en limosna para pobres, en precio de cautivos, en caridades para los afligidos. Por donde los príncipes mismos, espontáneamente, le daban lo que sabían había de ser dado no a uno, sino a muchos. Y ¿para qué alargarnos más? “Toda carne es heno, y toda su gloria cual flor de heno. HA VUELTO LA TIERRA A SU TIERRA; durmióse en el Señor, y ha sido puesto con sus padres, lleno de días y de luz...” “En su breve edad colmó muchos tiempos.”

—Tenemos, haciendo sus veces, sus dulcísimos hijos. Su mujer es la heredera de su honestidad. El pequeño Nebridio muestra a su padre a los que le buscan. “¡Mira sus ojos! Mira sus manos. ¡Esa es su cara!”³⁶.

La centella del vigor de su padre fulge en el hijo, y la semejanza de costumbres, irrumpiendo por el espejo de la carne, pregonan que un alma grande vive en pecho chico³⁷.

Junto a él está su hermanita, cual cestilla de rosas y lirios: el marfil aliado con la púrpura. De tal manera refleja en su rostro al padre, que es aún más hermosa que él, y de tal modo pinta a la madre, que a uno y a otro puedes reconocer en un solo cuerpo. Es tan dulce y

tan meliflua, que constituye el orgullo de toda su familia. Ni Augusto se desdeña de tenerla; la reina goza con ponerla en haldas; todos a porfía se la arrebatan, pende del cuello, se pega a los brazos de todos; parlera y balbuciente resulta aun más deliciosa por los tropiezos de su lengua.

Tienes, pues, Salvina, a quienes has de educar, y en los que, puedes creer, conservar a tu ausente marido. “He aquí la heredad del Señor, los hijos”... En vez de un hombre recibiste dos hijos. Háse aumentado el número de tus amados. Lo que debías al marido dáselo a tus hijos, y temple el deseo del ausente con el amor de los presentes. No es de poco mérito ante Dios el educar bien a los hijos...

Pídate al terminar la carta que no atribuyas mi brevedad a la penuria de palabras ni a la falta de materia, sino a mi mucho encogimiento, recelando el insistir más en oídos desconocidos y temiendo el oculto juicio de los lectores.

A Océano, caballero cristiano

Delicioso elogio o epitafio de la penitente Fabiola.

Belén, año 399.

Varios años ha que consolé a la venerable mujer Paula, estando aún reciente la herida de la dormición de Blesila. Cuatro años hace que, escribiendo al obispo Heliodoro el epitafio de Nepociano, consumí entonces todas mis fuerzas en aquel dolor... Ahora, hijo mío Océano, me impones un deber al que yo mismo iba ya espontáneamente, a fin de hacer nuevo un tema viejo por la novedad de las virtudes... Según la diversidad de personas, así deben emplearse los diversos medicamentos de las Escrituras.

Entrégasme ahora a Fabiola, prez de los cristianos, milagro de los gentiles, luto de los pobres, consuelo de los monjes. Todo cuanto digo al comenzar queda empequeñecido por comparación con lo que sigue. ¿Encareceré su ayuno? Pero prevalecen sus limosnas. ¿Alabaré su humildad? Pero es mayor el ardor de su fe. ¿Hablaré de su querida pobreza en el vestir, del condenar los vestidos de seda, buscando el

porte plebeyo y las viles telas? Pero más es dejar el espíritu que el arreglo del cuerpo. Más difícilmente carecemos de la arrogancia que del oro y de las perlas. Porque, tiradas éstas, nos ensoberbecemos en la gloriosa pobreza³⁸, y ofrecemos el aura popular la vendible pobreza...

Yo, amator del establo de Belén y del pesebre del Señor, en el que la Virgen Madre parió a Dios infante, no presentaré a una esclava de Cristo invocando su noble historial familiar, sino su humildad dentro de la Iglesia.

Y, porque ya desde el principio se me enfrente como escollo la ola de los detractores, diciendo que casó segunda vez dejando al primer matrimonio, no alabaré a la conversa sino absolviendo antes a la rea. Cuéntase que tuvo su primer marido tantos vicios que ni un prostituido y vil esclavo pudiera aguantarlo. Si quisiese describirlo, destruiría la virtud de la mujer, que prefirió sufrir la infamia de un divorcio a infamar la parte de su cuerpo (al marido) descubriendo sus máculas. Diré sólo lo que basta a una matrona honesta y cristiana. Mandó el Señor que “no se debe despedir a la esposa... sino por causa de fornicación” (Mat., 5).

Lo que a los varones se manda, alcanza, por consecuencia, a las mujeres, pues no se ha de despedir a la mujer adúltera de manera que sea guardado el marido adúltero... Unas son las leyes de los Césares y otra la de Cristo: una cosa mandó Papiano³⁹ y otra Pablo. Entre aquéllos relájanse para los hombres los frenos de la impudicia, y condenándose sólo el estupro y el adulterio, permítase de continuo la libidine en los lupanares y con las criadillas, cual si la culpa la hiciera la dignidad y no la voluntad.

ENTRE NOSOTROS, LO NO LÍCITO A LAS HEMBRAS NO ES LÍCITO A LOS VARONES, y bajo la misma servidumbre (del matrimonio), iguales son los deberes... Así, pues, Fabiola, persuadida de que había repudiado lícitamente a su marido, sin conocer toda la fuerza del Evangelio, según el cual a las mujeres se sustrae todo motivo de volverse a casar viviendo aún los varones, al querer evitar muchas heridas del diablo, incauta, recibió una herida.

Más, ¿para qué me detengo en cosas olvidadas y viejas, buscando excusar la culpa que ella misma confesó con la penitencia? ¿Quién había de creer que al morir su segundo marido, volviendo en sí misma, en el tiempo en que suelen las viudas negligentes, sacudido el

yugo de la servidumbre, obrar con mayor libertad, ir a los baños, revolear por las plazas, pasear caras de meretrices que ella se vistiera de saco y confesase en público su error, y viéndolo toda la ciudad de Roma, antes del día de Pascua, en la Basílica ante el Leterano (Letrán), el que fue degollado con la espada del César, estuvo en el grupo de los (públicos) penitentes llorando al obispo, los presbíteros y el pueblo entero al verla suélto el cabello, pálidas las mejillas, flaca las manos y sometiendo el humilde cuello?

¿Qué pecado no sería capaz de purgar este lloro? ¿Qué inveteradas manchas no lavarían tales lamentos...? ¡OH FELIZ PENITENCIA, QUE ATRAJO A SÍ LOS OJOS DE DIOS!... Descubrió a todos su llaga, y vio Roma con llanto la descolorida cicatriz en su cuerpo. Tuvo descosidos los costados, desnuda la cabeza, cerrada la boca. No entró a la iglesia del Señor, sino que se sentó separada fuera del campamento, como María la hermana de Moisés (Números, 12)... Dolíase cual si hubiese cometido adulterio, y gastando mucho en medicinas, ansiaba sanar una sola llaga ⁴⁰.

Mucho nos hemos detenido en su penitencia, en la cual nos hemos sentido como en lugares vados, para que el campo para sus alabanzas se ensanchase ante nosotros sin ningún impedimento.

Recibida en la comunión de la Iglesia, ¿qué hizo?... El dinero reunido lo entrego para uso de los pobres, siendo la primera en fundar un hospital, en donde recogía los enfermos de las calles y cuidaba los miembros de los miserables, consumidos por la enfermedad y el hambre... ¡Cuántas veces cargó ella en sus hombros a los infectos de morbo regio ⁴¹ o de miseria! ¡Cuántas veces lavó las purulentas llagas que otros no tenían valor para mirar! Dábales de comer con su propia mano y de beber a pequeños sorbos a los cadáveres vivientes. Sé que muchos varones ricos y religiosos, por la repugnancia de su estómago, ejercían tal misericordia por medio de otras personas, siendo compasivos con el dinero, no con la mano; a los que no condeno ciertamente, pero atribuyo a falta de fe la delicadeza de su ánimo... La fe, cuando es grande, desprecia, al que no podemos ni mirar, cuya vista nos provoca a vómito, es semejante a nosotros, del mismo lodo que el nuestro está formado... Lo que él sufre, podemos sufrirlo también nosotros; estimemos propias sus heridas y toda dureza de corazón respecto al otro se quebrará con el bondadoso pensamiento en nosotros mismos.

Y la misma liberalidad tuvo Fabiola con los clérigos, monjes y vírgenes. ¿Qué monasterio no se sustentó con sus bienes? ¿Y qué desnudo o impedido no recibió vestidos tejidos por Fabiola?... Estrecha fue Roma para su misericordia. Recorría ella las islas y todo el mar etrusco y la provincia de los volscos y las recónditas ensenadas del curvo litoral, en donde moran coros de monjes, girando o personalmente o con la munificencia ejercida por medio de santos y fieles varones.

Por lo que de repente, y contra la general opinión, navegó a Jerusalén, en donde, acogida por un gran concurso, recibió por breve tiempo nuestra hospitalidad, cuya compañía, cuando la recuerdo, pareceme estarla viendo más que haberla visto. ¡Buen Jesús! ¡Con qué fervor, con que avidez se aplicaba a los Divinos Libros; y cómo, deseando saciar el hambre, discurría por los Profetas, Evangelios y Salmos, proponiendo preguntas y atesorando las respuestas en la cestilla de su pecho! No se saciaba el apetito de oír: pero añadiendo ciencia, añadía dolor...

Cierto día, teniendo yo entre manos los Números de Moisés, al preguntarme tímida qué significaba tal montón de nombres..., respondí como pude, y parecióme haber satisfecho a su demanda.

Mas vamos a proseguir lo comenzado. Mientras buscábamos un hospedaje digno de mujer tan grande, aunque ella deseaba tanto la soledad que no quería dejar la casita de María, he ahí por donde súbitamente vienen anunciándonos que todo el Oriente se estremece viendo que todo lo invaden enjambres de hunos, los que, en ágiles corceles, van volando de aquí para allá... También nosotros nos vimos entonces forzados a preparar naves, a estarnos en la ribera, a precaver la venida del enemigo y ante la saña de los vientos, temer más a los bárbaros que al naufragio, proveyendo no tanto a la propia vida como a la castidad de las vírgenes. Había entonces entre nosotros cierta disensión, y las guerras domésticas superaban a la lucha de los bárbaros. A mí me retuvieron en Oriente los fijos asientos y el inveterado apego a los Santos Lugares. Más ella, que todo lo llevaba consigo, y en toda ciudad era forastera, volvióse a su patria para vivir allí pobre, donde había antes sido rica, habitando en casa ajena la que antes había hospedado a muchos.

Nosotros abrigamos tan sólo el sentimiento de haber perdido esa preciosísima joya... Recibió Roma lo que había perdido, y la lengua

procaz y maldiciente de los gentiles fue refutada con el testimonio de los ojos. Alaben otros su misericordia, su humildad, su fe; yo alabaré más el fervor de su alma. El libro en el que antaño amonesté a Heliodoro, entonces joven, sabíalo de memoria, y mirando las murallas de Roma, lloraba de verse encarcelada... No podían retenerla los consejos de los amigos; de tal manera forcejeaba por salir de la ciudad como quien quiere romper sus cadenas... De tal modo se apresuraba y estaba impaciente de la tardanza, que creerías iba a marcharse. Y así, como estaba siempre preparándose, no pudo la muerte sorprenderla no preparada.

—Entre las alabanzas de esta mujer, súbitamente se me aparece mi Pammaquio. Paulina duerme, para que éste vele; precede al marido para dejar a Cristo el siervo. Este es el heredero de su esposa, y otros son los poseedores de su herencia. Luchaban entre sí marido y mujer sobre quién había de fijar su tienda en el puerto de Abraham, y había porfía entre ambos sobre quién de los dos ganaría en humanidad. Entrambos vencieron, y entrambos fueron vencidos. Juntan sus haciendas, asocian sus voluntades para que lo que la envidia había de disipar creciese con la concordia. Antes de dicho, ya estaba hecho. Cómprase un hospital, y la turba concurre al hospital: “Ya no hay trabajo en Jacob, ni dolor en Israel”... (Núm. 23)... Todo el mundo se enteró de que había un hospital, sito en el Puerto Romano (en Ostia).

... Durmióse ella como quiso, y deponiendo por fin el peso, volvió más ligera al cielo. En la muerta demostró Roma qué portento había atesorado en Fabiola cuando viva. No había aún exhalado su espíritu, ni había aún entregado a Cristo su alma a El debida, y “ya la fama voladora, prenuncia de tan grande luto” (“Eneida”), congregaba al pueblo en toda la ciudad a sus exequias. Sonaban los salmos, y los dorados techos de los templos hacían estallar por los aires el Alleluia... ⁴². Vio ahora juntos Roma a todos los pueblos; participando todos en glorificar a la penitente; ni admira que de su salvación se alegrasen los hombres, cuando de su conversión los ángeles se alegraban en el cielo.

Este es, Fabiola, el obsequio de mi senil ingenio, éste el servicio fúnebre que te hago. Con frecuencia hemos alabado a vírgenes, a viudas y casadas, “cuyos vestidos fueron siempre cándidos, que siguen al Cordero por doquier El va”. Feliz encomio el que no se ve manchado por mácula alguna en toda la vida; lejos de aquí la maledi-

cencia; lejos la envidia. Si el padre de familias es bueno, ¿por qué nuestro ojo ha de ser malo? La que había en manos de ladrones ha sido reducida en hombros de Cristo. Muchas mansiones hay ante el Padre. Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. Al que más se le perdona, más ama.

A Julián, rico caballero

Afligido por grandes desgracias de familia, ánimale a sufrir cristianamente, y alábele por sus caridades, y estimúlale a una vida más perfecta.

Belén, año 406.

Mi hijo y hermano Ausonio, al punto mismo de partir, habiéndome tratado tarde y dejado pronto, diciéndome a la par salve y adiós, pensó irse de vacío si no te llevaba algunos de mis entretenimientos, aunque con rapidez escritos.

Despachado ya el pasaporte, estaba enjaezado el caballero público, el balteo cubría al nombre joven vestido de túnica cartaginesa, y, sin embargo, él trayéndome un escribano, obligábame a hablar lo que dictado de prisa lo captase su veloz mano... Por tanto... rompo contigo el silencio, ofreciéndote la desnuda voluntad de un deber.

Extemporánea es la carta, sin orden en el sentido y sin compostura y ornato de etilo, para que en toda ella encuentres al amigo, no al orador. Piensa ha ido a toda prisa y ha sido como echaba en la alforja del que estaba ya con el pie en el estribo.

Léese en la divina Escritura: “La música en el luto es cuento inoportuno” (Eccl. 22). Dejando la galanura del arte retórico y la plausible belleza del estilo, acójome a la gravedad de las Santas Escrituras, en donde está la verdadera medicina de las heridas, en donde está el cierto remedio de los dolores...

Oiga que en breve tiempo has perdido dos hijas virgencitas, empalmando casi el funeral de la una con el de la otra; como perdiste también a tu castísima y fidelísima Faustina, mujer, esposa, y aun hermana en el fervor de la fe, en la que únicamente descansabas. Perdidos los hijos, ella también ha sido arrebatada por muerte repentina, como si el náufrago se encuentra con los ladrones en la ribera y,

según frase de los Profetas, huyendo del oso viene a caer en el león, y alargando la mano a la pared le muerte la serpiente.

Luego han seguido daños en tu hacienda con la devastación de la provincia por un bárbaro enemigo... Tus rebaños de bueyes y ovejas se han visto dispersos y tus siervos apresados y muertos. Y en la única hija, que tan continuas orfandades te habían hecho más cara, recibiste a tu distinguido y nobilísimo yerno, más para tristeza que para gozo.

Tal es el catálogo de tus pruebas, tal es la lucha del antiguo enemigo con Julián, alumno de Cristo. Lo que si a ti te miras, grande es, si al guerrero fortísimo Cristo), juego es y sombra de pelea. Al santo Job, tras del enjambre de males, fuéle reservada su pésima mujer, para aprender por ella a blasfemar... A ti te ha quedado la mayor parte de tus haberes para ser tentado cuanto eres capaz de soportar...

Alábante otros y canten tus victorias contra el diablo por haber sufrido con alegre semblante las muertes de tus hijas y de que a los cuarenta días de su dormición dejaste el luto, y la dedicación de los huesos de un mártir te devolvió los blancos vestidos, como quien no sentía el dolor de su orfandad de toda la ciudad sentido, antes estabas alegre por el triunfo del mártir; de que habías acompañado a tu santísima mujer al sepulcro no como a muerta, sino como a viajera.

Yo en modo alguno te engañaré, ni con resbaladiza lisonja te echaré zancadilla. Te diré más bien lo que oír te conviene... Después de haber hecho todo esto, di: "Siervo inútil soy. Hice lo que debí hacer" (Luc., 17). Quitáste me los hijos que me habías dado; recibiste a la sierva que por breve espacio habíasme prestado. No me contristo por habérmela tomado, sino gracias te doy porque me la diste...

Cierto día un joven mancebo rico, que se jactaba de haber cumplido todo lo mandado en la Ley, díjole el Señor: Una cosa te falta. Si quieres ser perfecto, vende todo cuanto tienes y dáselo a los pobres; y ven y sígueme" (Mat., 19)... Y no has de alegar tu noble alcurnia y el peso de tus riquezas. Mira al santo varón Pammaquio⁴³ y al presbítero Paulino, ferventísimo en la fe, que no sólo las riquezas, sino a sí mismos se ofrecieron; quienes, contra la tergiversación del diablo, no dieron pellejo por pellejo, sino carnes y huesos y almas consagraron al Señor; los que de ejemplo y de palabra, esto es, de obra y de lengua pueden conducirte a mayores cosas. Noble eres; también ellos, y aun

más nobles ellos en Cristo... tú haces limosnas... Pero estos son los rudimentos de tu milicia. Desprecias el oro; pero lo despreciaron también filósofos mundanos, uno de los cuales (Crates el cínico), por no mencionar otros, sumió en piélago el precio de sus cuantiosas posesiones, diciendo: "Idos al abismo, codicias malas, yo os ahogo para que vosotras no me ahoguéis". Un filósofo animal de gloria y vil esclavo del aura popular, lanzó de una vez todo su lastre; ¿y tú te crees ya encaramado en la cima de las virtudes por haber ofrecido una parte del todo? A ti mismo te quiere el señor cual hostia viva, santa, grata a Dios. A ti, digo, no a lo tuyo...

No quiero ofrezcas al Señor lo que puede el ladrón robar o el enemigo invadir, o la proscripción sustraer, lo que puede ir y venir a modo de olas y flujo, pasando de estos a otros dueños, o para decirlo en una palabra, lo que, quieras no quieras, con la muerte has de dejar. Ofrece aquello que ningún enemigo puede robarte, ningún tirano arrebatar, lo que contigo vaya al sepulcro, mejor, a los reinos celestiales, a las delicias del Paraíso. Construyes monasterios y muchos santos por ti se sustentan en las islas de Dalmacia. Pero mejor harías si vivieses entre esos mismos santos...

No te digo esto censurando tus obras o para rebajar tu liberalidad y tus limosnas, sino porque no quisiera que fueses monje entre los seglares y seglar entre los monjes. Quiero el todo, cuando oigo que tu alma está del todo dedicada al culto divino...

Olvidado de mi propósito y de la brevedad epistolar, más cosas quisiera dictar, ya que para la dignidad de la materia y el mérito de tu persona poco es todo lo que decirse pueda. Pero he ahí cómo nuestro Ausonio empieza a pedir impaciente las cuartillas, a urgir a los escribas, y el mismo brioso corcel, ya con prisa, reprende con su relincho la tardanza de mi flaco ingenio.

Acuérdate, pues, de mí y cuida de tener salud en Cristo. Y, por callar lo demás, sigue los caseros ejemplos de la santa *Vera* (la cuñada), la que *verdaderamente* sigue a Cristo y soporta las molestias en la peregrinación, para ser una mujer tu guía en hazaña tan grande: *tanti dux faemina facti* ("Eneida, lib.I).

A Paula, viuda en Roma y abadesa en Belén

Incítala al estudio de las Divinas Escrituras.

Calcis, año 384.

Ayer, cuando me esforzaba por hacerte comprender el salmo 118, me preguntaste con instancia qué querían significar las letras insertas en ese salmo que leíamos. Ya te contesté; más, como por la rusticidad de mi lenguaje, mis explicaciones podían salirse fácilmente de tu memoria, deseas un breve comentario, para que si en algo titubeas la lección consuele al olvido...

Yo te pregunto: ¿Qué cosa más sagrada que los misterios (de la Escritura)? ¿Qué platos, qué mieles hay tan dulces como el saber la prudencia de Dios y el entrar en sus secretos, y el calar el sentido del Creador y las palabras de tu Señor Dios, de los que se burlan los sabios de este mundo, cuando están llenos de espiritual sabiduría? Tengan otros, si gustan, sus riquezas, beban en copas de perlas, reluzcan entre sedas, deléitense con el aplauso popular y busquen triunfar en su opulencia por sus placeres varios.

Nuestras riquezas sean meditar en la Ley de Dios día y noche, llamar a la puerta cerrada y pisar las olas del siglo en pos de Cristo.

Saluda a Blesila y a Eustoquia, nuestras novicias. Saluda a Feliciania, verdaderamente feliz en la carne y en el espíritu. Saluda a todas las demás del coro de la castidad y a tu iglesia doméstica, para la cual temo aun aquello que parece seguro, no sea que, mientras duerme el padre de familia, siembre el hombre enemigo cizaña... Entrega esta carta a nuestra *filopotáte* (infatigable) Marcela, si es que tiene a bien aceptarla. Y acuérdate de mí, pidiendo a nuestro Señor Jesucristo que aplaste inmediatamente a Satanás bajo sus plantas.

A Marcela, viuda romana

Dura invectiva contra los que criticaban su versión latina del Nuevo Testamento.

Calcis, año 385.

Después de la primera carta en que brevemente discurrí acerca de algunas palabras hebreas, hame llegado de repente noticia de que ciertos hombrillos se empeñan en denigrarme, diciendo por qué, contra la autoridad de los antiguos y la opinión del mundo entero, intento enmendar algunos pasos del Evangelio.

A los que yo pudiendo con mi derecho despreciar, ya que en vano se pulsa la lira para el asno, sin embargo, para que no me arguyan de soberbio, como suelen hacer, respondo que no tengo ingenio tan obtuso y de tan crasa rusticidad —la que ellos solos tienen por santidad, afirmando ser discípulo de los Pescadores, cual si por ser ignorantes fuesen santos— por haber pensado debía corregir algo en las palabras del Señor, o que no estaban por Dios inspiradas (algunas expresiones de ciertos códices de los Evangelios), sino que quise volver al original griego, del que ni ellos mismos niegan fueron vertidos al latín, pudiéndose comprobar los defectos de todos esos códices latinos.

Mas si la linfa de la purísima fuente les desagradaba, beban en cenagosos arroyuelos, y la diligencia que ponen en conocer las selvas, en donde se crían las aves, y los lagos, en donde están las ostras, deséchenla en la lectura de las Escrituras, siendo sólo en esto tan simples, que crean rústicas las palabras de Cristo, en las que desde ya tanto siglos tantos ingenios vienen sudando, de tal manera que parece han adivinado la razón del vocablo que declarado...

Sé que cuando esto leas arrugarás la frente, temiendo que mi desahogo ha de ser nuevo semillero de disputas, y que querrías, si pudieses, comprimir con el dedo mis labios, para que no ose decir lo que otros no se avergüenzan de hacer. Pero pregunto: ¿qué he dicho yo con tanta libertad? ¿Quizás he dibujado en platos la imagen de los ídolos, o tal vez propuse ante ojos virginales en los convites cristianos los abrazos de bacantes y de sátiros? ¿O he representado las hereditarias sepulturas? Una cosa he dicho: que las vírgenes deben andar más con mujeres que con hombres, y con ello he escandalizado los ojos de toda la ciudad (de Roma), y todos me notan con el dedo. Hanse

multiplicado más que los cabellos de mi cabeza los que me odian porque sí, y soy su comidilla. Y, ¿crees tu que en adelante he de pronunciar ni palabra?

Para que no se ría de mí flaco (Horacio), diciendo: “Quise hacer un ánfora, y al correr de la rueda, salióme un jarro”, vuelvo a nuestros asnillos de dos pies, y a sus orejas toco el cuerno más bien que la cítara. Lean ellos: “Gozándonos en la esperanza, servimos al tiempo”⁴⁴; nosotros leeremos: “Gozándonos en la esperanza, servimos al Señor” (Rom., 12)... Pongan, si les place: “Palabra humana, y digna de toda aceptación”; nosotros, con los griegos, o sea con el apóstol, que en griego habló, erremos diciendo: “Palabra FIEL y digna de toda aceptación.” Finalmente, huélguense ellos con sus caballos de la Galia; nosotros, desatado de lazos y aparejado, que sirve al Salvador, y que luego de haber presentado sus lomos al Señor comenzó a cantar, al unísono con Isaías, aquel vaticinio: “¡Dichoso el que siembra par de toda agua donde pisan el buey y el asno” (Is., 23).

A Marcela, viuda

Magnífico elogio de Lea.

Calcis, año 384.

Nadie me reprenda porque en cartas loemos a algunos o los fustiguemos, pues corrigiendo a los malos corregimos a los demás, y alabando a los mejores estimulamos a los buenos al cultivo de la virtud.

Tres días ha que dije algo de Lea, de feliz memoria; y al pronto punzóme el alma, y vínome a la mente que no debía callar, tratándose de una virgen, cuando he hablado del segundo grado de la castidad (de las viudas). He, por tanto, de explicar brevemente la vida de nuestra Asela, a la que te ruego no leas esta carta, por ir cargada de sus elogios, sino dígnete leerlas más bien a las jovencitas, para que, orientando su vida a ejemplo de ella, vean en ella el modelo de la vida perfecta.

—Omito que es ya bendita en el seno de su madre, antes de nacida;

que es entregada la virgen en bandeja de reluciente vidrio más tenso que cualquier espejo a su padre en el sueño... Y vengo a lo que, después de los doce años, ella misma eligió por su propio sudor, mantuvo, emprendió, acabó.

Encerrada en la estrechura de una celda, disfrutaba de la anchura del Paraíso. El duro suelo fue el lugar de su oración y de su reposo. Para ella el ayunar era un juego, y el no comer era su comida... Y porque olvidé lo que desde un principio debía decir, al comenzar mi propósito, el oro de su collar, que el vulgo llama *lamprea* por estar compuesto de hilos de oro, entrelazados en figura de serpiente, vendiólo sin dar cuenta a sus padres, y comprándose una túnica más oscura, la que no podía conseguir de su madre, y por un pío pronóstico de negociación, consagróse de pronto al Señor...

Trabajaba con sus manos; hablaba al Esposo, orando o salmodiando. Corría sin dejarse ver a los sepulcros de los mártires... Y lo que a los hombres parecerá imposible de creer: de tal manera llegó a los cincuenta años, que jamás le dolió el estómago, sino que, sana de cuerpo y más sana de alma, tenía la soledad como la mayor de las delicias, y en la agitada urbe (Roma) hallaba un yermo de monjes.

Mas esto lo sabes tú mejor, pues de ti hemos aprendido algunos detalles, habiendo visto con tus ojos cómo en aquel santo cuerpecillo, por la frecuencia en el orar, habíanse encallecido las rodillas a modo de los camellos. Yo digo lo que he podido saber. Nada más jocundo que su seriedad; y nada más serio que su jocundidad. Nada más triste que su suavidad; y nada más suave que su tristeza.. Hablaba callando, y callando hablaba. *Sermo silens, et silentium loquens*. Su andar, ni ligero ni tardo. Siempre el mismo vestido. Limpieza sencilla, y vestir sin rebuscamiento. Su arreglo al natural, *cultus ipse sine cultu*.

Ella, sola, con la igualdad de su vida, mereció que en la ciudad de la pompa, de la lascivia y de las delicias, en donde ser humilde se reputa miseria, mereció tal estima, que los buenos la ensalcen, y los malos no se atrevan a denigrarla, que la imiten viudas y vírgenes, la veneren las casadas, la teman las ruines y la admitan los sacerdotes.

A Paulino de Nola

Estimúlele al estudio de las Sagradas Escrituras y a una vida perfecta.

Belén, año 394.

Nuestro hermano Ambrosio, al traerme tus regalitos, entregóme también sus deliciosísimas cartas, que desde el principio de nuestra amistad demostraban la adhesión de una probada fidelidad y de una vieja amistad. Verdadera es aquella amistad que pega el engrudo de Cristo, que no se funda en un interés, ni sólo la presencia corporal, ni en lisonjas taimadas y engañosas, sino en el temor de Dios y en el estudio de las Divinas Escrituras...

En las Sagradas Escrituras no se puede entrar sin un guía, que preceda mostrando la senda. Nada diré de los gramáticos, retóricos, filósofos, geómetras, dialécticos, músicos, astrólogos, médicos, cuya ciencia es utilísima a los mortales, y se divide en tres partes: *to dogma, ten mezodon, te empeiran* (la verdad, el método, la experiencia). Pasaré a las artes menores, las que no se ejercen tanto por el *logo* como por la mano. Los agricultores, albañiles, herreros, metalúrgicos, carpinteros, laneros y tejedores, y demás... que sin maestro no pueden llegar a ser lo que desean. En cuanto a los médicos:

Prometen los médicos, tratan de artefactos los artesanos (Horacio, Ep. lib. 1., n.⁹¹).

¡El arte de las Escrituras es el único que todos dominan!

Doctos e indoctos, escribimos poemas con frecuencia (Ib).

La vieja parlara, el anciano chocho, el sofista charlatán, todos presumen tener este arte, lo maltratan, lo enseñan antes de haberlo aprendido. Algunos, arrugando el entrecejo y masticando palabras altisonantes, filosofan entre mujercillas acerca de las Sagradas Letras. Otros, ¡qué vergüenza! aprenden de mujeres lo que han de enseñar a hombres, y cual si esto fuese poco con cierta facilidad de expresión, o mejor, audacia, enseñan a otros lo que ellos no entienden... cual si fuese cosa grande, y no un viciosísimo género de enseñar, el depravar las sentencias, torciendo la Escritura a su capricho..

Ruégote, hermano, vivas entre las divinas Escrituras, que las medites, que no conozcas ni busques otras cosas. Pues ¿no te parece ser la vivienda celestial ya en la tierra?

No quiero encuentres tropiezo en la simplicidad de las Santas Escrituras... APRENDAMOS EN LA TIERRA LO QUE HA DE PERSEVERAR EN EL CIELO.

Te recibiré con los brazos abiertos... Tienes aquí (en Belén) a tu amantísimo hermano Eusebio, el que me duplicó la satisfacción de leer tus cartas, al referirme tu honestidad de costumbres, tu desprecio del siglo, tu inviolable amistad, tu amor a Cristo.

No estés siempre dejándolo para mañana y difiriéndolo días tras día, y no vendas cauta y lentamente tus posesiones, no tiene Cristo de dónde alimentar a los pobres. SE DA TODO A DIOS QUIEN A SÍ MISMO SE OFRECE. Los apóstoles dejaron tan sólo barca y redes. La viuda echó sólo dos monedillas en el cepillo, y es preferida a las riquezas de Crespo. FÁCILMENTE LO DESPRECIA TODO QUIEN PIENSA SIEMPRE QUE HA DE MORIR.

A Abigao, presbítero español y ciego

Consuélale de su ceguera material

Belén, año 399.

Aunque me reconozca muy pecador y a diario diga en mi oración dobladas las rodillas: “No te acuerdes de los pecados de mi mocedad, ni de mis ignorancias” (Salmo 24), sabiendo, no obstante, que dijo el Apóstol: “No sea que, inflado de soberbia, caiga en el juicio del diablo” (I Tim., 3), nada he procurado tanto desde muchacho como el evitar el ánimo hinchado, y la cerviz erguida, que provocan contra sí la ira de Dios..

Por eso te ruego no pienses que, habiendo recibido tus cartas me calle hasta el presente, y me imputes a mí la infidelidad o la negligencia de otros. Porque ¿qué motivo de callar había, provocado por un deber, y de rechazar tus amistades con mi silencio, cuando espontáneamente suelo apetecer el trato de los buenos, e ingerirme yo mismo en su caridad? “Porque mejor son dos que uno; y si el uno cae, el otro le sostendrá. Cordel triple no rompe fácilmente, y hermano que ayuda al hermano será exaltado” (Eccl., 4-9).